

no conocía allí sino dos fases, concubinato y matrimonio. El trato con una esclava ó con una extranjera, consentido por la ley, y que concluye reconociendo á aquella por ciudadana ateniense, para poder tomarla por esposa, es el argumento mas frecuente; como lo son tambien los caracteres del padre avaro; la madre regañona, ensobrecida por el dote que aportó al matrimonio; el hijo pródigo; la amante vanidosilla y astuta; el esclavo fullero que está en connivencia con el señorito; el parásito; el jaranero; algun Rodamonte que viene de lejanas guerras; la que sirve de tercera y el mercader de esclavas.

Menandro fué el principal autor de este último género; y podemos formar de él una idea por las traducciones é imitaciones de Terencio y Plauto, ya que se han perdido sus obras, con las innumerables de los otros dramáticos griegos, cuya fecundidad solo encuentra punto de comparacion en los Españoles (*). En efecto, se dice que Difilo compuso noventa y siete comedias, ciento nueve Apolodoro, y trescientas sesenta Antifon; y es lástima que tan escaso sea el número que nos ha quedado de ellas para ofrecernos el vivo y elocuente cuadro de aquella civilizacion, tan elegante en las formas como corrompida en el fondo (1).

La historia primitiva de Grecia no se conservó sino bajo una forma mitológica; por lo cual es

(*) De Menandro nos quedan algunos fragmentos citados por Stobeo, Ateneo, Suidas y otros. De él es aquel proverbio: Nada mas atrevido que la ignorancia. En su comedia *El Escudo*, dice: El que no se ni espera sino lo que desea, tiene las mas veces contra sí la verdad y los sucesos. En otro lugar de la misma comedia define al guerrero como hombre que difícilmente conserva la vida y que fácilmente la pierde. En el *Pleito juzgado por árbitros*, pone en boca de un personaje esta máxima: El que estando sano vive en el ocio es mas digno de lástima que el enfermo de fiebre, porque consume inútilmente mayor cantidad de víveres. Dicese que este autor compuso ciento cinco comedias. (N. del T.)

(1) Por pocas que hayan sido las comedias antiguas que han llegado hasta nosotros, á ellas han acudido, como á un rico minero, todos los autores modernos. El *Médico á palos* de Molière es el *Agoracrito* de los *ἄγροικοι* de Aristófanes, político por fuerza. El *Estrepsiades* en las *Νεφέλαι* del mismo, es el *Bourgeois gentilhomme* del francés; Racine en los *Litigantes* imitó las *Αἰσώπαι*. De Plauto es de donde principalmente han tomado los autores dramáticos. Centenares de obras de escritores del siglo xvi se fundan en argumentos de este escritor; nombraré los principales solamente. Luis Dolce en el *Marido* imitó el *Anfitrión*, como Dryden en inglés, Villalobos en español, y Rotrou y Molière en los *Sosies* en francés: este último sacó de la *Aulularia* el *Avaro*, de donde Népomuceno Le Mercier tomó la *Comédie latine*. Trissino en los *Semejantes* copió los *Μενεμένης*, que imitaron Shakspeare (**), Rotrou y Regnard (*Les Meprises*). La *Mostellaria* está traducida en los *Esprits de Larcy* é imitada en *Le Retour imprévu* de Regnard, en el *Espectro* que toca el tambor de Adisson, y en el *Tambor nocturno* de Destouches. Los *Capitfs* de Rotrou están tomados de los de Plauto, como los de Roy y de Du Ryer: las *Folles amoureuses* de Regnard, el *Mariage de Figaro* de Beaumarchais y la *Clizia* de Maquiavelo se parecen á la *Casina* de Plauto. Una escena del *Curculion* es una de las primeras del *Barbier de Seville*, y la imitó tambien Regnard. El *Epidicus* y las *Bacchides* del autor latino engendraron el *Mariage interrompu* de Cailhava. El *Miles gloriosus* fué copiado por Corneille en el carácter de Matamóros de la *Illusion*, lo mismo que en todos los matachines, como el *Brave de Baif* y el *Bramarbas* de Holberg. El *Rudens* está reproducido en el *Ruñán* de Dolce y en el *Náufrago* de Riccoboni.

(**) Shakspeare en su *Comedy of errors* á que se refiere aqui el autor, mas bien que los *Μενεμένης* imitó el *Anfitrión* de Plauto. (N. del T.)

difícil y siempre hipotético descubrir la verdad. Al principio nace en Jonia con la prosa la historia verdadera, escrita por logógrafos que viajaban y referían lo que habían visto. Mas osado que ninguno, Hecateo de Mileto (1) describió en su *Periegésis* todos los países conocidos entonces, desterrando los adornos superfluos, impugnando la teogonía de Hesiodo, y censurando las ridículas tradiciones de los Griegos. Tambien escribieron Caron de Lampsaco la historia de Persia y de Creta, Xanto la de Lidia, Híppis de Reggio la de Sicilia; pero (dice Dionisio de Halicarnaso) « los unos contaban las historias de los Griegos, » los otros las de los Bárbaros, sin ponerlas en armonía, ántes bien las separaban por ciudades y naciones. Su único fin era dar á conocer los escritos y los monumentos conservados en cada país, ya en los templos, ya en otros lugares públicos, como los encontraban, » sin añadir ni quitar nada á las fábulas acreditadas que contenían, y con catástrofes que hoy juzgaríamos pueriles. » El primero que elevó la crónica á historia fué Herodoto.

Siendo ménos las empresas heroicas, y mas extenso el uso de la escritura, faltaba materia para los poemas, y eran ménos necesarios los versos para auxiliar á la memoria. Sin embargo, los poetas habian acostumbrado á la Grecia á la interesante unidad de la epopeya y á lo maravilloso, de manera que Herodoto tuvo que ofrecerle un alimento de naturaleza semejante. Los pueblos entre quienes escribia, niños en medio de una civilizacion jóven, estaban dominados por ese sentimiento personal que hace á los niños cuidarse solo de sí mismos, envidiar á sus compaños, y solazarse con los juegos y los caprichos de la fantasía. El Griego no veía en sus vecinos sino bárbaros que conquistar ó que atraer á sus diversiones. Predominando en él la idea de patria, que comprendía el afecto natural al país nativo, la necesidad de una defensa comun y el ansia de crecer en gloria creciendo en posesiones, no habia sacrificio de que no se sintiese capaz; pero no sabía elevar el entendimiento hasta prever lo que mas convenia á la humanidad, trabajar para esta, educar á las futuras generaciones, y allanarles el camino para una existencia mas moral, mas cómoda y mas afortunada.

Queriendo leer Herodoto una historia á semejante pueblo, reunido en la alegre y patriótica solemnidad de los juegos (2), debía narrar y no reflexionar; abstenerse de filosofía y de consideraciones generales, y contar meramente lo que habia visto ó oído mas propio para balagar la imaginacion. Muy hábil en la elección del asunto, pinta á unos cuantos Helenos opo-

(1) PAUSANIAS, *LACON.* I, 3. — DEMETRIO, *De eloc.* XII. — G. E. CREUZER, *El arte histórico entre los Griegos, considerado en su origen y formacion*, 1803 (en alemán).

(2) Herodoto leyó en las Panateneas, 444 años á. C., sus libros, y en premio se le dieron 10 talentos (como unos 50,000 francos. PLUTARCO): despues las cantó (*ᾄδων τῶν ἱστοριῶν*) en los juegos olimpicos. LUCIANO.

497.

Herodoto. 184-106.

150

niéndose á toda la Persia, la libertad que prevalece sobre la esclavitud, la civilizacion que triunfa de la barbarie. De aquí proviene la magnificencia de su poema, cuya unidad consiste cabalmente en la lucha de ambos pueblos protagonistas, alrededor de los cuales se agrupan como episodios las demas naciones. Por tanto, el interes está constantemente sostenido por el contraste entre Griegos y Bárbaros, entre el Oriente y el Occidente, entre el orden y la confusion, entre una indigesta amalgama de mitos, de necias cronologías, de usos raros, y el bello y armonioso aspecto de los ritos, de los misterios y de la civilizacion helénica. Cuando se disminuye este interes, despues de las batallas de Platea y de Micala, concluye Herodoto, como concluye Homero cuando á Aquiles no le resta un enemigo digno de él con quien combatir.

La buena fe y el amor á la libertad son las dotes personales que recomiendan á Herodoto. Suspendió su trabajo para pelear contra Ligdámis, tirano de Halicarnaso, su patria; pero viendo establecerse allí una tiranía peor, salió del país, y acogido con entusiasmo por los Atenienses, mantuvo vivo entre ellos el amor á la libertad, mostrándoles el contraste que ofrecian con Atenas los Estados oprimidos por reyes. Retiróse despues á Italia, y murió de edad avanzada en Turio. El mérito que mas apreciaron en él los antiguos fué el arte, en el cual llegó á ser modelo de la historia clásica.

Estrabon dice que Ctésias, Herodoto y Helánico no merecen mas fe que Homero y Hesiodo; y mientras alguno llamó á Herodoto *padre de la historia*, otros lo han llamado *padre de la mentira*. Injusta severidad. Para ver las cosas con sus propios ojos, viajó como pocos lo han hecho; por la parte de Oriente, llegó hasta Babilonia y Susa; por la de Occidente, tocó en la pequeña Sirte y tal vez mas allá; por la de Mediodía, subió hasta la extremidad del Egipto; y en todos los países observaba é interrogaba. Describe exactamente el territorio de los Escitas, como tambien á los Griegos del Ponto; señala el curso de los ríos con la misma maestría con que pinta á los pueblos (1); en él debemos tambien buscar los primeros puntos donde moraron, y el origen que tuvieron los Lituanos, los Fineses, los Turcos, los Germanos y los Calmucos; y acerca de

(1) Rennel ha hecho un excelente trabajo sobre la geografia de Herodoto, y prueba que tuvo, aunque imperfectos, avanzados conocimientos acerca de multitud de países, situados entre el Ecuador y los 60 grados de latitud septentrional, y entre las columnas de Hércules y el Indo. Su idea del Mediterráneo, del Ponto Euxino, del Caspio era bastante acertada; pero daba demasiada extension á la Laguna Meótides, describia mal el Golfo Arábigo y no distinguía el Pérsico del Eritreo; creía que los continentes europeo y asiático terminaban á los 60 grados en el Océano, y nada supo del Mar Báltico ni del Blanco. Al Occidente, suponía situadas en derredor las costas de Europa y África desde las Casiterides (islas Británicas) hasta los 30 ó 25 grados. Conoció mejor los territorios cercanos al Ponto Euxino, las orillas del Mediterráneo y los países situados entre este y el Mar Caspio; y en África, el Egipto hasta Meroe.

la Siberia, refiere tradiciones que actualmente han dejado de parecer fabulosas.

Siempre que cuenta cosas vistas por sí propio ó por los Griegos con quienes hablaba, es verídico; no así cuando se ve obligado á referirse al dicho de otro, pues ni tenia bastante crítica para separar la verdad de la mentira, ni bastante conocimiento de los usos extranjeros para comprender el significado exacto de algunas tradiciones. Sin embargo, los recientes descubrimientos han demostrado la certeza de muchos de sus relatos, que al principio se habian achacado á ignorancia ó falsedad (1); con lo cual crece la admiracion que causan sus conocimientos acerca de tantos pueblos. Le honra el cuidado que se toma en distinguir lo que sabe por ciencia cierta, de lo que conoce de oídas, ó es fruto de simples conjeturas (2); al mismo tiempo que le hace simpático el lenguaje natural que emplea, semejante, dice Ciceron, á un límpido arroyuelo que se desliza suavemente.

Mitógrafos y poetas habian sido hasta entonces las únicas autoridades en Historia, y él fué el primero que hizo uso de la crítica. Aunque supersticioso, sabe interrogar con desconfianza; compara los asertos de los sacerdotes de Tébas y de Ménfis (3); refuta la relacion de los que, habiendo dado la vuelta al África, decian haber visto el sol por el lado opuesto; y así de lo demas. En fin, á él se debe el ejemplo de una historia razonada y crítica, con su método de investigacion, y sus reglas de exámen.

¿Quién ha de pretender que el primer historiador sea perfecto (4)? Efectivamente, aunque

(1) « Y queriendo yo saber claramente acerca de estas cosas algo, comunicado por los que las conocían, navegué tambien con direccion á Tiro de Fenicia, pues habia oído decir que existía allí un templo dedicado á Hércules, y lo ví ricamente adornado de muchos donativos, entre los cuales habia dos columnas, una de oro purísimo y otra de esmeralda, que por las noches despedían un admirable resplandor.... »

(*) Créese que esta columna que Herodoto dice de esmeralda, era de vidrio, y que los sacerdotes ponían en ella una luz. (N. del T.)

(2) « Hasta ahora he dicho cuanto he visto, opinado é investigado; pero en adelante iré exponiendo los razonamientos de los Egiptos, segun se los he oído, añadiendo ademas algunas cosas de las que he visto... »

» De estas relaciones de los Egiptos puede valerse aquel á quien parezcan probables, pues yo me he propuesto en toda la narracion escribir cuanto he oído de cada persona. » Y en el libro IV: « Dijeron cosas que no creo, pero que tal vez creará otro, esto es, que navegando alrededor de la Libia, tenían el sol á la derecha. » Hecho que hoy se explica perfectamente. En el libro VII hace una protesta general: *εγώ δὲ ὁρῶν λέγειν τὰ λεγόμενα πάλῃσθαι γὰρ μὲν οὐ παντάπασιν ὀφείλω, καὶ με τοῦτο τὸ ἔπος ἔγερτο ἐς πάντα τὸν λόγον.* (3) Lib. II, 5.

(4) Entre los antiguos tuvo muchos opositores, entre ellos PLUTARCO, *De la malignidad de Herodoto*, al que siguieron Lamotte Le Vayer en su juicio acerca de los principales historiadores; HANNOCRATION, *De las mentiras que se encuentran en Herodoto*; y CRÉSIAS en la *Historia de Persia*, escrita con tan poca crítica, que hace dudar de sus censuras. En los tiempos modernos ha sido atacado Herodoto por Chahan de Ciribied y F. Saint-Martin en las *Recherches curieuses sur l'histoire ancienne de l'Asie* (Paris 1806) donde oponen á la relacion del historiador griego los asertos de los escritores orientales, que son en verdad de época demasiado reciente. Lo defendió el abate Guinoz, *Mém. de l'Acad. de belles lettres*. J. B. GAIL de la Academia de Francia, en diversas memorias acerca de Herodoto, ha querido probar que ni Délfos, ni Olimpia existieron jamas como ciudades; pues fueron solo una reunion de casas al-

se propone explicar las causas de las guerras, no lo hace, ó se contenta con motivos supersticiosos (1) ó vanos, sin penetrar en la naturaleza íntima de los hechos, ni ver su correlacion con lo pasado ó con lo porvenir. Parece, sin embargo, que consideraba bajo un grande aspecto religioso la Historia, pues propende siempre á justificar á la Providencia, y á hacer ver el castigo de los malvados y la intervencion de la Divinidad; y cuando atribuía á los dioses la salvacion de la patria, cuando presentaba á un dios combatiendo en Maraton bajo la figura de un gigante, á otros rechazando á los Persas del santuario de Delfos, y á otros prelujiando con melodiosos cantos los triunfos de Salamina, infundía en los Griegos mas cariño hácia una patria en cuyo favor peleaba el Cielo.

Tucídides.

Los aplausos que obtuvo Herodoto en Olimpia arrancaron lágrimas á un jóven de diez y nuevos años. Este era Tucídides, el cual nació en Atenas en 471 y murió despues del año 400.

Tucídides asegura que los Griegos, hasta la época de su padre, no habian sabido nada de sus antigüedades, por lo cual, se puso á escribir una historia, en cuya introduccion recapitula los tiempos pasados. Pero el tema que eligió es de menor interes que el de Herodoto, vacilando el ánimo entre las injustas pretensiones de los Atenienses y las atrocidades de los Espartanos, los abusos de la democracia y las venganzas de los aristócratas. Sin embargo, la guerra intestina, la política y el valor luchando con armas iguales, el entusiasmo razonado y una educacion formada en medio de la agitacion del Foro y del campamento, habian apresurado la edad viril de la Grecia, de modo que pedia á Tucídides *no que subiese al teatro á halagar*

rededor de los templos, allí famosos, sin ningun lazo municipal, ni territorio, ni magistrados: se ha empeñado tambien en disculpar á Mardonio del carácter intratable y feroz que le achacan los Griegos, y en sostener otras ideas que tienen, cuando ménos la apariencia de paradojas.

Con esmero y estimacion han aclarado y comentado á Herodoto el presidente Bouhier y el mayor Rennel. El primero, en sus *Indagaciones y disertaciones acerca de Herodoto*, ha tratado principalmente de componer un sistema cronológico de este historiador, y hay pocas de las grandes cuestiones históricas contenidas en el autor original, que él no haya discutido y resuelto frecuentemente con mucho saber y sagacidad. El segundo ha dirigido su atencion con especialidad á ilustrar cuanto se refiere á la geografia antigua; y no obstante que contiene algunos errores, su obra titulada *Exámen y explicacion del sistema geográfico de Herodoto, comparado con los sistemas de los demas autores antiguos y con la geografia moderna*, es uno de los monumentos mas preciosos elevados á la gloria de Herodoto. En la traduccion francesa de Larcher hay muchas notas críticas y filológicas que allanan grandes dificultades del texto original; y en la carta geográfica, unida á la obra, se recopilan é ilustran todas las nociones mas necesarias. Larcher ha escrito una *Cronologia* de Herodoto, que no merece demasiado crédito; y además de haber incurrido en muchos errores, ha quitado á su autor todas las bellezas; es mejor la traduccion de Miot. Son todavía preferibles á estos los trabajos acerca del texto original hechos por Schweighäusser. Mustoxidi, en su traduccion italiana, adolece de arcaísmo. Todas las cuestiones relativas á Herodoto han sido tratadas por Dahlmann (*Herodot, aus seinem Buch sein Leben*) en el tomo II de los *Forschungen auf dem Gebiet der Geschichte* 1823. Véanse tambien DAVSON, *Cours d'études historiques*, y nuestra Nota E.

(1) Los Lacedemonios sobrepujan en fuerza á los habitantes del Peloponeso porque poseen los huesos de Oréstes, I, 68.

la imaginacion, sino que escribiese un monumento para la eternidad (κτῆμα εἰς αἰετῆ). Así en él no se ve ya el lugar, sino el hombre; el hombre, en todo el brillo de las letras y las artes, y al mismo tiempo víctima de una espantosa corrupcion.

Tucídides tomó parte en la guerra del Peloponeso, fué desterrado, y en los veinte años que duró su destierro escribió; pero lejos de maldecir á su ingrata patria, como Dante, en ninguna de sus palabras se trasluce que la quiera ménos; eleva por ella votos al Cielo, aunque conoce que mereció los males sufridos; y no pudiendo hablar desde la tribuna, fia á la historia sus gemidos y sentimientos, y salva de la calumnia contemporánea á los ultrajados. Grave, por lo mismo, es su relacion; escoge entre los dialectos el mas conciso, para que sus pensamientos lo sean tambien; rechaza los frívolos adornos de la palabra y separa enteramente la historia de la poesía, la fuerza humana de la fatal, haciendo que todos los acontecimientos sucedan por deliberacion comun, á la luz del medio día, en el campo ó en la plaza. Declara que no imitará á los autores que, mas ansiosos de obtener aplauso que de merecer confianza, mezclaron inverosímiles ficciones con los hechos; pero no consideró como tales las muchas arengas que creyó deber insertar propias de un pueblo republicano. Herodoto habia pensado principalmente en agradar: Tucídides pensó en instruir; el primero se mantuvo al nivel de su tiempo, el segundo lo dominó; no discurre para la multitud, sino que raciocina con un corto número de elegidos; y profiriendo, como dice Ciceron, tantas máximas como palabras, expone una filosofía vigorosa, evita las sutilezas de escuela, y hasta en sus muchas arengas atiende, mas que al agrado y á la variedad, á la instruccion y á la pintura del carácter. *Mas quiero, decia, segun Luciano, desagradar publicando la verdad, que ser aplaudido contando fábulas. Si agrado así ménos al lector, le será mas útil. No quiero perjudicarlo acomodándome á su mal gusto.*

Herodoto es ameno y natural; Tucídides, grandioso y reflexivo, no busca la popularidad, pero procura hacer pensar; usa de breves y enérgicas palabras á veces hasta ásperas y oscuras (1); y desprecia la forma hasta el punto

(1) Los antiguos lo calificaban ya de oscuro. En el segundo capítulo hay una frase, famosa por las controversias que ha suscitado. Despues de haber dicho que el Ática se preservó de agresiones y tumultos á causa de su esterilidad, añade: καὶ παράδειγμα τῆδε τοῦ λόγου οὐκ ἐλάχιστόν ἐστι, διὰ τὰς μετοικίας, ἐς τὰ ἄλλα μὴ ὁμοίως ἀξιοβῆναι, lo cual literalmente significa: *Et argumentum hujus dicti non leve est, per migrationes in altera non similiter increvisse.* Unos entienden que el Ática se hizo populosa, porque no tuvo emigraciones, como los demas países; otros, que el Ática, al contrario de los demas países griegos, veía aumentarse sus habitantes con la gente advenediza; otros, que el Ática, no disminuida por las emigraciones, creció en poblacion, pero no en lo demas; ó que no progresaba el Ática como los otros países, á causa de las emigraciones; ó que por esto no se aumentaba el resto de la

de dividir la accion en semestres, con lo cual interrumpe el relato, y hace saltar de país en país al lector. Herodoto no estima sino á los gobiernos populares, opuestos á los despóticos del Asia; Tucídides, emparentado con los Pisis-trátidas y malquisto de la democracia, exagera á veces las culpas de esta, y exalta á Esparta, en cuyos oligarcas ve una aristocracia muy conveniente. El historiador jonio considera la Historia como una revelacion del poder y de los arcanos del destino; el ateniense, como un medio de divulgar los secretos de la naturaleza humana: Herodoto alaba á los dioses porque ensalzan la virtud y humillan el vicio; Tucídides pinta á las hombres sin fe ni piedad, como otros describen los estragos que causa un torrente sin condenarlo (1). Diodoro, que lo examinó con pedantesca minuciosidad, reprobando implacablemente la materia y la forma de sus escritos, lo acusa de ser ora afectado, ora duro, ora frío y tenebroso y hasta pueril; y sin embargo, su obra fué considerada como regla de laticismo, y ninguno se atrevió á valerse ya de otro dialecto en las historias.

Jenofonte.

Jenofonte, empezando en el año vigésimono de la guerra del Peloponeso, escribió en sus *Helénicos* la historia de medio siglo, hasta

Grecia, ó que aquella progresaba mas que el resto de la Grecia. Finalmente, todos son de diversa opinion, y no hay dos que se pongan en racional acuerdo.

(1) Conmovióse la Grecia, reinando en todas partes las desavenencias entre los jefes del pueblo y los fautores de la oligarquía, pues los primeros querian llamar á los Atenienses, y los segundos á los Lacedemonios. Y aunque en tiempo de paz no hubieran tenido ni causa justa ni deseo de invitarlos á que se les uniesen, declarada la guerra, al momento ocurrían á la mente de los novadores de ambos partidos pretextos plausibles para procurarse alianzas con que perjudicar á la faccion contraria, y adelantar de este modo al propio tiempo su poder. Durante las sediciones, cayeron sobre las ciudades muchas y graves calamidades, que acaecían de continuo y acaecerán siempre, mientras que la naturaleza de los hombres sea la misma, aunque mas violentas ó mas suaves y de diferente género, segun que los cambios particulares sean producidos por acontecimientos fortuitos. Porque, cuando hay paz y prosperan los negocios, las repúblicas y los particulares tienen mas sano juicio, pues no luchan con imperiosas necesidades; pero la guerra, disminuyendo gradualmente la cantidad de lo que cada día se necesita para vivir, es un maestro violento que amolda la índole de la multitud al estado de las cosas. Ardía, pues, la sedicion en las ciudades; y las que eran mas tardías en sublevarse, no ignorando lo que habia pasado en otras partes, procuraban sobrepujar á las primeras, imaginando nuevos proyectos ó inventando ardidés para atacar á los demas, y suplicios inusitados. El significado comun de los vocablos para denotar las cosas, se mudaba arbitrariamente, convirtiéndose la osadía inconsiderada en valor estimable; la cauta detencion en inmotivada timidez; la moderacion en enmascarada cobardia; la prudencia en pereza absoluta; la loca precipitacion en valor; la circunspeccion para deliberar en pretexto para salir del paso. Cualquiera descontento merecia fe: el que lo contradecía era tenido por sospechoso; el que salía bien de las tramas, por despejado; por mas astuto, el que urdía sin conocimiento de nadie una intriga para hacer caer en el lazo al primero; y el que buscaba medio de no tener que acudir á tales cosas, era llamado por sus enemigos destructor de toda sociedad, ó insensato. En una palabra, cualquiera que daba aviso de que alguno maquinaba un daño, ó denunciaba al que ni siquiera pensaba en ello, estaba seguro de ser recomendado. Además, se reputaba á los parientes por mas extraños que los camaradas, pues estos eran mas prontos y audaces, sin consideracion á ningun pretexto. Efectivamente, sus reuniones no tenían por objeto valerse de las leyes vigentes, sino tiranizar á otros, anulando las que se hallaban en vigor. La confianza en la mutua correspondencia no se fundaba en el rito religioso sino en la complicidad en las malas acciones; las proposiciones buenas de la faccion contraria no se aprobaban por generosi-

la batalla de Mantinea. Ni la poesía de Herodoto ni las vivas y delicadas observaciones que revelan en Tucídides el hábito de generalizar los hechos, se encuentran en Jenofonte; y si describe las costumbres griegas tan bien como el primero y mejor que el segundo; y si muestra el poder de las persuasiones religiosas en la viciosa intervencion que da con frecuencia á los dioses para desatar el nudo y en el caso que hace de sueños, oráculos, pronósticos y supersticiones, en cambio pasa de largo por importantísimas revoluciones de costumbres y constituciones, deteniéndose en particularidades estratégicas de escasisimo valor á los ojos de la posteridad. Hombre de pasiones, se deja arrastar de ellas y admira ciegamente á Sócrates, á Ciro, á los Espartanos y á Agesilao, mientras apenas menciona á Epaminondas. En sus *Helénicos* aparece con frecuencia descolorido, y el amor á su patria adoptiva le hace ser ménos justo con el héroe tebano.

La *Ciropeдия*, novela histórica, siempre moral, pero no siempre fiel, descubre la manía de filosofar, que se introdujo en Grecia cuando Alcibíades y Epaminondas se formaban en la escuela de los sofistas, y Dionisio les daba acogida en su corte. Allí pone en accion las doctrinas y hasta las palabras de Sócrates; quiere hacer ver cómo se puede obtener y conservar el poder absoluto, y pondera luego el mérito de Ciro, por haber constituido así su imperio, no parando la atencion en la ruina á que semejante constitucion le condujo.

En la *Retirada*, cuyos únicos adornos son la claridad y el sentimiento moral, se revelan la su-

dad, sino cuando se creía triunfar aceptándolas; y el responder á una venganza con otra se apreciaba mas que el no ser ofendido. Los juramentos de reconciliacion, si se prestaba alguno, valían en el momento, por la impotencia de los que juraban, que por otra parte carecian de fuerza; pero en la ocasion, el que primero se atrevía á obrar, cuando veía inermes al enemigo, con mas gusto se vengaba durante la confianza de aquel que á la descubierta; tanto porque contaba de este modo con su seguridad propia, cuanto porque venciéndole con destreza conquistaba la palma de avisado; pues muchos malvados reunidos se llaman mas fácilmente astutos, que sencillos y buenos; y los hombres se avergüenzan de este último nombre, y de aquel se glorían. De todos estos desórdenes era causa la sed de mando, fruto de la ambicion y del orgullo; de donde se deriva la osadía de los que en los partidos se colocan en oposicion. Sucedia que, en las ciudades, los corifeos de las facciones, con el especioso pretexto de preferir unos la igualdad política popular, y otros el moderado gobierno de un corto número, defendían de nombre la cosa pública, aunque realmente traficaban con ella. Por eso, no combatiendo en último resultado sino para vengarse uno á otro, se atrevían á llevar á cabo las cosas mas horribles, agravando las penas, no segun las reglas de la justicia ó la ventaja de la república, sino segun lo determinaba el capricho de entrambos. No vacilaban en satisfacer su codicia del momento, ya condenando á otro con sufragios injustos, ya conquistando la superioridad á mano armada; de suerte que ninguna de las dos facciones contaba para nada con la religion; sino que gozaban de mejor reputacion los que daban un buen golpe, valiéndose de palabras especiosas. Los ciudadanos que ocupaban la linea média entre ambos partidos, eran igualmente muertos, ó á causa de no haberse decidido por uno, ó por envidia de verlos fuera de la refriega. Así las sediciones arraigaron en Grecia todo linaje de maldades. La franqueza (principal dote de un alma noble) desapareció escarneida; prevaleció el arte de acostumbrar á la mente á una mutua desconfianza; ya no habia seguridad de palabras, ni temor de juramento que terminase estas animosidades tanto que encontrando generalmente

perioridad de organizacion social y el genio flexible de los Griegos, que hacen experimentos, los varian, y no ceden á los primeros obstáculos; al paso que los Persas sucumben, no reuniéndose sino para la prosperidad, y continuando inmutables en sus designos (1).

En los Memorables aparece apenas la vida, y aun ménos la doctrina y el método de Sócrates. Este se halla amenguado, pues busca lo bello en la tierra, sin elevarse al tipo superior y á las regiones de lo infinito; y allí, como en el Económico, se advierte la inclinacion de aquel siglo á reducirlo todo á áridas reglas, y á hacer consistir el punto mas alto de la civilizacion en trasformar el instinto de una naturaleza elevada en ideas de ventaja práctica.

Pero la dulce filosofía que le inspiró la amistad de Sócrates, no falta nunca á Jenofonte ni en sus escritos ni en sus acciones. Pelea en Delio al lado de este amigo suyo; por acompañar á Praxénes hace la campaña de Persia; por salvar á Agesilao combate en Coronea; por fidelidad á este sufre el destierro y las persecuciones. ¿Cuál es su elogio de los capitanes asesinados por Tisaférnes? Fueron intrépidos en los combates, é irreprehensibles para con sus amigos. Su expedicion, como guerrero, es la mas bella que ha llevado á cabo héroe alguno, pues no aparece contaminada por la injusticia, y la refiere con tal modestia, que muchos han dudado que fuese una misma persona el historiador y el capitan. Si los hombres fueran ménos malos, no me atreveria á alabarlos por habernos conservado la obra de Tucídides, cuyo único ejemplar estaba en sus manos. Padeció mucho, y sin embargo, no cesó de creer en el bien y en la virtud: desterrado y viejo, escribió un tratado de hacienda, que concluía en estas palabras: ¡ Plegue al Cielo que antes de morir, vea yo á mi patria floreciente y tranquila!

Esta mansedumbre le acompaña en sus obras, donde todo se vuelve preceptos de conducta, caracteres virtuosos, dignidad de estilo, sobriedad de imágenes, razon templada; no abandonando la moderacion ni cuando alude á su persona, ni cuando habla del asesinato de Sócrates.

Estos fueron los tres principales historiadores; los demas, en gran número, como era natural en un país donde el hombre constituía siempre el objeto de los estudios, no han llegado

mas fuertes razones para desesperar que para confiar, premeditaban antes el modo de no ser ofendidos, que el que pudiera inducirlos á fiarse de otro. Los mas desprovistos de talento se salvaban por lo regular; pues recelosos de su propia insuficiencia y de la astucia de los enemigos, para no ser vencidos por su facundia y no caer los primeros en el lazo que los armaban los artificios de su ingenio, procedían sin concierto y según el impulso que se les daba. Pero los que tenían por vileza someterse á las tramas ajenas, y creían no necesitar coger con la mano lo que podían alcanzar por medio de la sensatez, privados de defensa, eran mas fácilmente oprimidos. » Lib. III, 82-83.

(1) La difícil geografia de Jenofonte fué aclarada cumplidamente por el mayor Rennell.

hasta nosotros. Filisto de Siracusa, á quien Ciceron compara con Tucídides, prostituyó su pluma de historiador, adulando á Dionisio el Joven y á los otros tiranos, y acostumbrándolos así á no avergonzarse de sus desafueros, y á no temer la tardía pero segura justicia de la Historia (1).

Por su libre dignidad corre parejas con la Historia la elocuencia. Sobresalió esta en medio de las agitaciones de un gobierno popular, en el cual era preciso tener, ademas del conocimiento de los negocios públicos, órganos dóciles, imaginacion pronta y palabra fácil. Pero para llegar á la verdadera elocuencia se requiere ingenio y cultura; y no basta dominar á la multitud con la vehemencia de la palabra, si ademas no se saben excitar las pasiones nobles, y halagar el gusto exquisito.

El primero que alcanzó esta gloria fué Pericles, que ambicionaba mas que ningun otro el triunfo de la tribuna. Instruido en toda la ciencia de su época, celoso de los intereses políticos, capaz de las mas fuertes, así como de las mas dulces emociones, exaltando la gloria de los Atenieses y hablando poco de la propia, los arrastraba adonde queria. Ni era puro ímpetu el suyo; por el contrario, no hablaba sin haber meditado antes, y sobre un corto número de asuntos de mayor importancia, ordenando la materia conforme á la dialéctica que Zenon de Elea habia introducido.

Pero pronto aparecieron maestros que redujeron á arte la elocuencia, pretendiendo que podia existir separada de la verdad, la cual sin embargo es el alimento indispensable de todo fruto del entendimiento. Coracio de Siracusa fué el primero que introdujo la retórica en Atenas, donde Geórgias Leontino la profesó con mucha fama y provecho, hisonjeando los oídos, y supliendo la esterilidad de los pensamientos con períodos armoniosos, antítesis tan brillantes como frívolas, é imágenes atrevidas (2). Desde entónces la elocuencia fué en Atenas un

(1) Uno de esos trabajos, que solo es capaz de llevar á cabo la desinteresada constancia de los Alemanes, es el de Juan God. Eichhorn, Antiqua historia ex ipsis veterum scriptorum graecorum narrationibus contexta. Leipzig 1814. En esta obra ha reunido los fragmentos de los diferentes escritores griegos, de modo que forman una relacion no interrumpida, anotando al márgen los autores que copia. Así, en cuatro tomos en 8º, se tiene un curso completo de historia griega, estudiada en las propias fuentes. El tomo I comprende los imperios y Estados de Asia; el II, los de Grecia; el III y el IV, la Italia. Igual trabajo hizo respecto de los latinos en la Antiqua historia ex ipsis veterum scriptorum latinorum narrationibus contexta. Leipzig 1811, 2 tom. en 8º.

(2) Su arte consiste siempre en la antítesis de pensamientos y de palabras, con lo que forma períodos de dos miembros, en el segundo de los cuales las palabras corresponden á las del primero por su cantidad, medida, colocacion y sonido. El escoliador de Hermógenes nos ha conservado un fragmento de la oracion fúnebre que aquel dedicó á los Atenieses muertos en defensa de la patria: « Τὴ γὰρ ἀπὴν τοῖς ἀνδράσι τοῦτοῖς ὦν δὲ ἀνδρασι προσεῖναι, τί δὲ καὶ προσῆν ὦν οὐ δὲ προσεῖναι? ¿qué cosa faltaba á estos héroes, de las que deben adornar á un héroe, y qué cosa tenían, de las que no conviene tener? Εἰπεῖν δυνάμην ἢ βούλομαι, βουλόμην δὲ ἢ δεῖ; pueda yo decir lo que quiera, y querer lo que conviene. Δαδών

Elocuencia.

Retóricos.

nuevo poder, que puso trabas á la política y á la espada de los guerreros.

Antifon de Ranunte, el primero que dejó monumentos de elocuencia, y que compuso arengas en nombre de los reos, á quienes la ley obligaba á defenderse á sí mismos, fué capitan en la guerra del Peloponeso, y tuvo mucha parte en las cosas del gobierno, si bien recogió en pago la ignominia y la muerte. Andócides, contemporáneo suyo, se mezcló tambien en los negocios públicos con Alcibiades; y acusado de la mutilacion de las estatuas de Mercurio, se libró del castigo, cometiendo la infamia de denunciar á sus cómplices. Por el contrario, Iseo se mantuvo apartado de las cosas públicas, dando lecciones, y defendiendo causas particulares (1).

Licurgo aconsejaba la guerra contra Alejandro, el cual supo perdonarlo, y en sus arengas llevaba las cosas á tal extremo, que se decía las habia escrito mas bien con sangre que con tinta (2). En efecto, exclamaba atacando á Leócrates: « De desear fuera que lo que no sucede de en ningun otro juicio, estuviese á lo ménos mandado por las leyes en el de felonía; quiero decir, que los jueces, en el acto de dictar la sentencia, hiciesen sentar junto á sí á sus hijos y esposas. Costumbre sería esta sacrosanta, á mi entender; pues teniendo á la vista á cuantos estaban envueltos en el peligro, y acordándose de la compasion y dolor que la suerte de estos despierta en todos los ánimos, se armarian de inflexible y adecuada severidad contra el reo. »

¡ Véase aquí la humanidad convertida en instrumento de la peor barbarie!

Hubo retórico que se presentó dispuesto á hablar de improviso sobre el tema que se quisiese; otro enseñaba á argüir en pro y en contra; y Antifon de Corinto habia escrito en el dintel de su puerta: Aquí se consuela á los desgraciados, pues se da talento al que no lo tiene. Mientras los primeros oradores hablaban mesuradamente y sin hacer movimientos (3), estos otros declamaban, gesticulaban, lloraban, reían, se encolerizaban, y el pueblo aplaudia.

No á todos les faltaba talento y corazon. Lisias, que en medio de una vida agitadísima com-

μὲν τὴν θεῶν Νέμεσιν, φυχὸν δὲ τὸν ἀνθρώπινον φθόνον; ocultándome á la divina Nomésis, alejándome de la humana envidia. Οὗτοι γὰρ ἐπέκριντο ἐνθεὸν μὲν τὴν ἀρετὴν, ἀνθρώπινον δὲ το ὕψιστον; ellos poseían divina virtud, y tenían de humanos solo la mortalidad. Τοὶ γὰρ οὖν αὐτῶν ἀποθανόντων ὁ πλοῦς οὐ συναπέθανεν, ἀλλ' ἀθάνατος ὦν ἐν ἀσώματοις σώμασι ζῆ ὁ ζώντων; han muerto, pero no su ardor por la virtud; pues este es inmortal, y vive en los cuerpos incorpóreos de estos que no viven.

(1) WERTHERMANN, Geschichte der Beredsamkeit, Tom. I. WANSBACH, De Antiphonte oratore attico. 1703. A. DRYANDER, De Antiphontis vita et scriptis, Hal. 1838.

(2) Y Ciceron: Usque ad sanguinem incitari solet odium aut levium Graecorum aut immanium barbarorum.

(3) « Aquellos antiguos oradores, Pericles, Temístocles y Aristides, estaban tan distantes de cuanto parece contrario á la sencillez, que ni siquiera hacían lo que nosotros: no sacaban la mano del vestido para accionar; pues pareciéndoles cosa de teatro (βράσιον τι), se absteneían de ejecutarlo. » ESPINES en Timarco.

puso doscientas treinta arengas, está exento de antítesis y de agudezas, perpétuo artificio de sus iguales, y continuamente se muestra cuerdo y conciso (1). Mereció ser perseguido por los Treinta tiranos, y se vengó de ellos favoreciendo con su dinero y su brazo la empresa de los que los derribaron. Isócrates perfeccionó las reglas de la elocuencia; supo servirse noblemente de una lengua armoniosísima; redondeó los períodos, buscó el ritmo y la cadencia; pero propendiendo mas á hacerse admirar que á obtener un buen resultado, perdía fuerza y movimiento. Mas reflexivo que inspirado, y entreteniéndose en buscar relaciones entre las palabras, no percibía las que existen entre las cosas, y sus continuas antítesis privan á sus arengas de esa naturalidad en que se complace el entendimiento. Diez años empleó en escribir su famoso Panegírico. Hay gente de condicion tan perversa, dice en el exordio á su elogio de Evágoras, que oye con mas gusto las alabanzas de aquellos que apenas sabe si existieron, que las de aquellos de quienes ha recibido beneficios. Tiene culpa de esto la envidia, cuyo único placer es roerse á sí propia. La naturaleza humana no ha cambiado, pues, desde entónces acá.

Sin embargo, el noble Isócrates cuando se separa de la escuela á que pertenecía, sabe tener fuerza y calor; se hacía amar por su carácter constantemente pacífico y virtuoso; fué maestro de Demóstenes, y el único que osó levantarse en defensa del acusado Terámenes. Cuando murió Sócrates, se presentó vestido de luto; trabajó vivamente para que el ardor guerrero de Filipo se dirigiese todo contra la Persia, y al oír que este habia triunfado en Queronea, no quiso sobrevivir á la libertad de la Grecia.

« Cuando leo algun discurso de Isócrates (dice Dionisio de Halicarnaso), mi espíritu se tranquiliza y conforta, como al oír sonidos espondaicos y dóricas melodías. Pero cuando me viene á las manos alguna oracion de Demóstenes, un nuevo entusiasmo arrebatá mi entendimiento, y me hace pasar de un afecto á otro, desconfiar, temer, luchar, despreciar, aborrecer, compadecer, amar, estremecerme, e iri diar; en una palabra, excita en mi todas las emociones que caben en la mente del hombre (2). » Tal es en realidad el influjo de este grande orador. Educado en miserables escuelas, defectuoso en la pronunciacion, silbado las primeras veces, aprendió de un cómico cuánta distancia hay de decir bien á decir mal una cosa, y por lo mismo se empeñó en vencer sus defectos, y con la constancia, que es el carácter del genio, triunfó de todos ellos. Encerrado en su gabinete solitario, con el asiduo estudio de Tucídides, adquirió vigor en el estilo y en los pensamientos, y elevó la elocuencia al nivel de la

Demóstenes.

(1) Concluye así un discurso: Ἀρχοῦσθε, ἐωράκατε πεπνυσθε ἔχετε, διαλέστε.

(2) Del poder de la palabra de Demóstenes.